MARÍA
FIDELIDAD Y CONFIANZA

Siervo de Dios Card. Eduardo Pironio

Cuando el ángel de la Anunciación se acerca a María la saluda así: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28).

María debió sentir hondamente esta invitación a la alegría de la salvación. En su corazón contemplativo y lleno de fe resonarían las palabras del profeta Sofonías: "¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén... Yahveh, tu Dios, está en medio de ti, un poderoso salvador!" (So 3,14-17)

María acoge en la fe la palabra de Dios: « He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1,38). El relato de la Anunciación termina así en San Lucas: « Y el ángel, dejándola se fue". Pero san Juan nos completa el misterio: « Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn 1,14).

María es feliz porque Dios la ama, le revela su plan de salvación y ella se entrega por amor a un Dios para quien nada es imposible (cf. Lc 1,37).

María es feliz porque ha acogido en su corazón lleno de fe la palabra de Dios y la ha engendrado en su carne virginal para la salvación del mundo

La alegría de María es doble: ser discípula del Señor y ser madre del Redentor. Pero es más feliz María por ser discípula del Señor que por ser madre. Lo dice el gran San Agustín; pero, sobre todo, lo dice el mismo Jesús cuando responde a una sencilla mujer del pueblo: "'Feliz el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron'. Pero él dijo: 'felices más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan'" (Lc 11,27-28).

Tres actitudes de María en esta “alegría de la fe acogida”

Su pobreza, su pequeñez, su humildad.

Lo reconocerá ella misma en el Magníficat: “mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada” (Lc 1,47-48). Sólo los pobres son capaces de creer de veras, de confiar filialmente en el amor del Padre y de entregarse en el gozo de la fidelidad a un Dios que llama. “Feliz, María, porque has dicho que sí”;

Su silencio contemplativo

María es la mujer de lo simple, de lo cotidiano, de la oración humilde y contemplativa: “María por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2,19). Sólo los contemplativos son capaces de acoger en su profundidad la fe y comunicarla con transparencia y eficacia. La nueva evangelización exige hombres y mujeres contemplativos. “El futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble” (Redemptoris missio, 91);

Su disponibilidad total y gozosa

“Yo soy la servidora del Señor”. El misterio de María comienza así: en una entrega radical y generosa al plan de Dios (en la encarnación del Hijo de Dios, en el misterio de su cruz pascual, en la fidelidad al Espíritu de Pentecostés). “María fue avanzando en la peregrinación de la fe” (LG, 58)

María es proclamada feliz no sólo porque "cree", sino porque su fe se realiza, se transparenta y compromete, en lo cotidiano de su vida. Es decir, porque su vida es siempre un sí a la voluntad del Padre: en la sencillez de lo cotidiano, en la serena fortaleza de la cruz (ya profetizada en la alegre ofrenda del Templo) y en la gozosa fidelidad al Espíritu de Pentecostés

Jesús se inspiró en María –creación nueva, obra privilegiada del Espíritu Santo– para señalarnos el camino de las bienaventuranzas, el estilo nuevo de los verdaderos discípulos del Señor, el modo de ser felices. Todo tiene su origen en la primera y más sublime de las bienaventuranzas: la bienaventuranza de la fe. "Feliz de ti por haber creído", le dice Isabel a María (Lc 1,45)

La fe se convierte así en principio y fuente de las bienaventuranzas. La fe de María –acogida y profesada en la Anunciación, compartida y comunicada en la Visitación y en el Nacimiento– se convierte en modelo y transparencia de la vida nueva de los discípulos de Jesús

María *la pobre* nos enseña el camino de la pequeñez, de la humildad de la pobreza: es el camino de los hombres grandes a quienes Dios se comunica por la fe y los convierte en auténticos evangelizadores: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños” (Lc 10,21).

María *la fuerte*, la que llevó clavada en su corazón la espada anunciada por el anciano profeta del templo y se mantuvo serena al pie de la cruz, nos enseña a asumir con amor el dolor de los que sufren y a acoger con serenidad, fortaleza y alegría la propia cruz pascual, signo de los verdaderos seguidores de Jesús.

María *la llena de gracia*, la privilegiadamente amada por el Señor, la mujer nueva, inmaculada y santa, la madre del Justo y Príncipe de la paz, nos enseña a tener hambre y sed de Dios, a ser justos y a trabajar por la justicia entre los hombres, a gustar la paz interior y a ser verdaderos instrumentos de paz entre los pueblos.

ACCIÓN CATÓLICA ARGENTINA

somos misión

ABRAZAR
Todas las vidas, toda la vida

100 AÑOS CARDENAL PIRONIO